V

RUINAS, FOTOGRAFIAS Y ESCOMBROS

De nuevo en Ciudad Juárez.

Se trata de fotografiar distintos aspectos de la ciudad después del combate, y de retratar de paso, esta vez á pluma, el aspecto actual de cuanto la histórica ciudad encierra.

Es en calurosa mañana. Un sol de fuego nos acaricia rudamente, mientras, á través de escombros y ruinas, buscamos enconadamente la vista fotográfica digna de pasar, por su importancia, á la placa que ha de popularizarla.

A éstas horas, Ciudad Juárez, ofrece animadísima perspectiva, pues el gentío es inmenso.

Lucen alegres, las escarapelas y cintajos tricolores de los chambergos revolucionarios, y la terrorífica indumentaria de infinidad de soldados desperdigados entre la gente, presta cambiantes policromos al cuadro, todo luz y color.

En el Zócalo, al amor de la sombra, muchos ciudadanos gozan de la alegre diafanidad de la luminosa mañana, como si en Juárez nada de particular hubiera ocurrido.

En la Iglesia, repiquetean alegres también, las campanas.

Después de mucho tiempo, vá á volver á celebrarse allí misa.

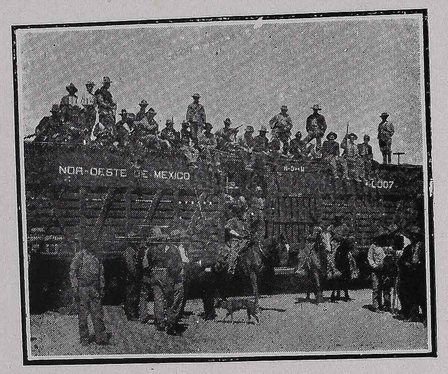
Llegan hasta nosotros los marciales ecos de una banda militar, que á juzgar por el estrépito, parece ser la de un regimiento de línea.

Al ver á sus componentes, no volvemos de nuestra sorpresa. Son cuatro revolucionarios apenas, con la pintoresca y astrosa indumentaria que ya conoces, lector querido.

Hacen instrucción de banda.

Toda la mañana, desde muy temprano, la consumimos en tomar vistas.

Pero, como á las doce de la misma, salen unos 1000 hombres para Casas Grandes, nos encaminamos á la estación á fin de presenciar la partida de las tales tropas.



Curioso espectáculo en verdad.

Desfile digno de ser inmortalizado por la pluma de Armicis, es éste, de las revolucionarias huestes.

En el techo de un furgón, una banda de aventureros americanos, acaricia, con mimos de niñera, el correspondiente rifle.

Van bien indumentados, y nos parece que para ellos el saqueo no dejó de ser provechoso.

Forman grupo aparte, y parecen entregados á la alegría. Sin duda, ante la locomotora pronta á salir, vislumbran indefinida prolongación de aventuras subsiguientes, y, claro es, ello les hace sentirse satisfechos.

En cambio, los enormes mocetones, hijos legítimos de la sierra chihuahueña, que aún lucen el colosal cuanto deslucido **jarano**, parecen envolverse en el feroz mutismo y altiva reserva del verdadero hijo de la mexicana tierra.

Todos ellos, son portadores de complicado equipaje, que vigilan y transportan con infinito cuidado, presas del avaro instinto propieteril del campesino de todos los paises, de cualquier latitud de la anchurosa tierra.

Se dirigen hacia el tren sin la menor disciplina, con la característica calma y ninguna priesa, del que está seguro no haya de partir éste á hora fija.

Cuando ya hace una larga hora que los aventureros se hallan encaramados sobre el techo de su respectivo furgón, ellos llegan **luego luego**, algunos acompañados de la familia.

Y allí de los últimos toques al equipaje sacando tal cosa, y guardando la de más allá.

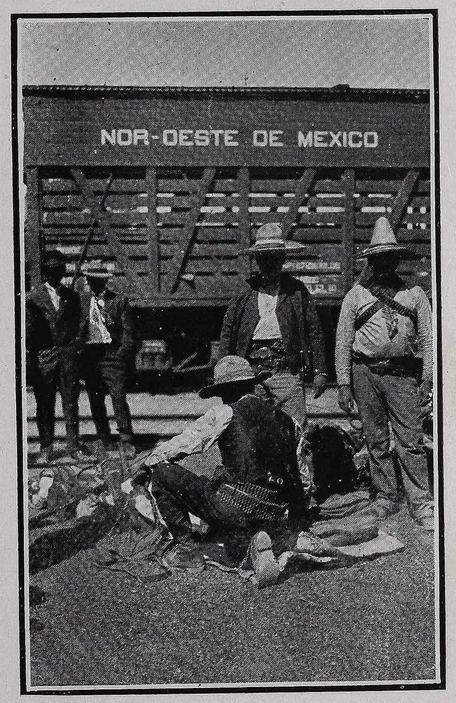
Al recorrer la línea que forma el largo convoy, suena un disparo y una bala silba muy cerca de nuestras castas orejas.

A uno de los viajeros se le escapó el tiro.

Nadie hace el menor caso; lo extraño es que no se les disparen más al resto de las fuerzas.

Un robusto mocetón, fornido y ancho de espaldas, galopa de un lado para otro, dando órdenes.

Es Dozal, que lleva á su cargo la expedición.



Orozco, aparece también en escena, y bien pronto un grupo, incesantemente renovado, le rodea.

Orozco, escucha inmóvil, inclinado sobre el cuello de su caballo, cuantas quejas ó peticiones formula su gente, pues son sus soldados los que se marchan.

Nótase en este hombre, cuyo aspecto nada tiene de atrayente ni de simpático, una **pose** forzada que ha de causarle gran cansancio el conservar.